

ALYSON  
RICHMAN

AUTORA DE LOS AMANTES DE PRAGA Y  
LAS HORAS DE TERCIOPELO

LOS  
CUSTODIOS  
DEL  
TIEMPO

LO PERDIERON TODO, PERO UN IMPREVISTO ENCUENTRO  
ENLAZARÁ SUS VIDAS Y LES REVELARÁ EL PODER DE LA AMISTAD

 Planeta

ALYSON RICHMAN

LOS CUSTODIOS  
DEL TIEMPO

## Capítulo 1

Grace Golden nunca sabría por qué, esa tarde soleada de finales de mayo, eligió caminar por la calle Gypsum después de misa, en lugar de su ruta acostumbrada a la tienda de abarrotes. La avenida Maple era el camino más rápido desde la iglesia de San Bartolomeo hasta el supermercado Kepler.

Su esposo, Tom, creía que Grace había elegido caminar por la calle Gypsum porque los cerezos en flor estaban en su apogeo. Así era su esposa, explicó. Ella siempre hacía hasta lo imposible para encontrar algo hermoso. Pero ninguno de los dos hubiera podido anticipar que ese espléndido día de primavera, mientras los tacones de Grace golpeaban con ritmo la banquetta, con la lista de compras guardada dentro de su delgado bolso de piel, vería a un niño pequeño acurrucado contra la fachada lateral de un edificio. Dormía sobre el cemento duro, estaba hecho un ovillo tan apretado que a Grace le recordó a un pequeño caracol marino dentro de su concha.

Se detuvo a su lado y se inclinó para darle un empujoncito, esperando que estuviera dormido.

—¿Estás perdido, querido? —Un ligero acento irlandés, aún perceptible después de casi veinte años de vivir en Nueva York,

flotó en el aire—. Déjame ayudarte a levantar —dijo ofreciéndole la mano.

Pero el niño permaneció en posición fetal, con los brazos aún más tensos a su alrededor y los pies casi pegados a su trasero. Una de sus zapatillas tenía un agujero en la suela de goma. A la otra le faltaba el cordón.

Ella aún no podía ver su rostro, solo la curva de su oreja y un mechón de cabello negro y lacio.

—Por favor.

Alzó lentamente cabeza para mostrar unos ojos oscuros, labios en forma de corazón y una pequeña nariz achatada. Era el rostro de un niño asustado y solo.

## Capítulo 2

—Soy Grace.

Le dijo su nombre esperando que él también le dijera el suyo. Pero el niño permaneció en silencio, con el cuerpo fijo a la banqueta, inmóvil como una piedra.

Ella abrió el broche de su bolso de mano y sacó un dulce envuelto en papel plateado brillante. Él la miró unos segundos; después, con precaución, aceptó el caramelo. Grace sacó otro de su bolso, lo desenvolvió y se llevó el pequeño chocolate a la boca.

Grace miró alrededor para ver si había alguien que buscara a un niño perdido o si había algún policía cerca haciendo una ronda, pero no vio a nadie.

—Ven conmigo —dijo, ayudando al niño a levantarse.

Él se puso de pie y se paró frente a Grace, pero sus ojos seguían evitando la mirada de ella. Sus pantalones eran demasiado cortos y dejaban ver sus tobillos delgados; la calcomanía de El Increíble Hulk en su remera estaba descarapelada. Pero la mano de Grace permanecía extendida y, finalmente, los dedos de él encontraron su camino hasta los de ella.

De inmediato, el contacto de la mano del niño le pareció familiar. Ella creía que la calidez del tacto de un niño era algo casi

sagrado; pero en ese roce, ella también sintió su miedo. Su piel sudaba y sus dedos estaban resbalosos.

Caminaron juntos, la mano del niño estaba inquieta en la de ella. Cada tanto, ella lo miraba de reojo: sus extremidades delgadas, las largas pestañas, los ojos rasgados. Calculó que tendría unos diez años, casi de la edad de su hija menor, Molly.

No se detuvo en el supermercado Kepler para llevar huevo, leche y todos los otros alimentos de su lista de compras; en su lugar, sujetó la mano del niño con más fuerza sin siquiera advertir los pétalos de las flores de cerezo que caían sobre sus hombros y cabello.

A unas cuabras de su casa vio a Adele Flynn que caminaba hacia su coche.

—¿Grace? —Adele se detuvo un momento con las llaves en la mano—. ¿Está todo bien?

Sus ojos escrutaron la ropa desgastada, el rostro desconocido y la mirada desviada del niño que caminaba al lado de su amiga.

Grace no se detuvo a conversar.

—¡Todo está bien! —gritó sobre su hombro, ignorando la mirada confundida de Adele mientras llevaba al niño hacia su casa.

Al llegar, abrió la reja de la entrada y caminó frente a los rosales que crecían exuberantes a lo largo del corto sendero hasta la puerta de entrada. El niño dudó cuando llegaron a las escaleras. Ella le soltó la mano.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. Voy a hacer una llamada. —Con la mano, simuló llevarse un teléfono al oído—. Te llevaremos a casa.

Giró el picaporte de la puerta y entró; el niño avanzó a su lado en silencio.

—Ya regresé —anunció, dejando su bolso sobre la mesita de la entrada.

Su mirada cayó sobre los zapatos de Molly que estaban al pie de las escaleras, y el abrigo de la niña tirado en el suelo con las mangas mal volteadas. Luego, pasaron a la mochila de Katie, de

la que se desparramaban papeles y carpetas de colores brillantes. La casa rebosaba niños.

Durante una fracción de segundo, Grace trató de ser consciente de la realidad de su hogar, con el hecho de que acababa de traer a un completo desconocido.

—¿Ya llegaste? —Escuchó la voz de Molly, antes de que la niña bajara las escaleras dando saltos, hasta que su rostro de inmediato mostró su desconcierto—. ¿Mami? —Sus ojos estaban fijos en el niño desconocido que estaba junto a su madre—. Pensé que ibas a ir a Kepler...

Antes de que Grace pudiera responder, volteó y vio su reflejo y el del niño en el gran espejo ovalado que estaba junto a la puerta.

El niño temblaba.

Cuando su esposa llegó, Tom estaba en el sótano, con la oreja presionada contra un viejo reloj de pared que necesitaba unos ajustes. Detuvo el péndulo con un dedo y subió a saludarla.

Al ascender las escaleras del sótano, se esforzó por superar la rigidez de su pierna mala, sujetándose con fuerza al barandal a cada paso. En el recibidor, encontró a Molly al pie de la escalera, con los ojos desorbitados mirando a un niño pequeño que estaba de pie junto a su esposa.

—¿Gracie?

Tom se acercó. La imagen desgastada del Hulk en la remera naranja del niño parecía irónica porque sus brazos parecían las ramas de un árbol de pino joven.

—Estaba acurrucado en el piso, durmiendo, en una esquina cerca de la avenida Maple. No supe qué hacer.

Tom se puso en cuclillas.

—¿Cómo te llamas, amiguito?

El niño basculaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, pero seguía sin responder.

—Tenemos que llamar a la policía, Grace. Alguien debe estar buscándolo.

—Lo sé. Solo pensé que sería mejor llamar desde casa, no del supermercado, donde todo el mundo estaría mirando. ¿Te quieres lavar? —preguntó dirigiéndose al niño; frotó sus manos y señaló hacia el baño como para reforzar lo que quería decir.

Él alzó el brazo para quitarse el cabello de los ojos y ella advirtió la cicatriz en su muñeca izquierda. Tenía la forma de una boca abierta, como si alguien lo hubiera mordido.

El niño advirtió la mirada de Grace sobre esa vieja herida y la cubrió con la otra mano.

Grace abrió la puerta del baño y luego fue a la cocina para llamar a la policía.



## Capítulo 3

A todas las mujeres las atormenta algo. Al menos eso era lo que Grace se decía en esos días particularmente lluviosos, cuando pasaba en coche al lado del río cerca de la escuela de sus hijas y el agua se desbordaba por el dique e inundaba las calles. La crecida del río siempre le despertaba una profunda melancolía; su fuerte corriente le hacía recordar su pueblo, en la costa oeste de Irlanda. Incluso después de casi veinte años de vivir en Estados Unidos, seguía sintiendo el lúgubre llamado del agua, como un fantasma que habitaba la médula de sus huesos.

Su padre era pescador, igual que lo fueron su abuelo y el padre de este. Las noches cuando salía de casa para adentrarse en el océano en su bote, tomaba el rostro de Grace entre sus grandes palmas y llevaba sus labios hasta la frente de ella y de su hermana menor para darles un beso como si ese pudiera ser el último. Su madre se paraba junto a la puerta, vestida con su camisón blanco, el largo cabello pelirrojo sobre los hombros y el bebé, hermano menor de Grace, pegado a su pecho. Él le daba un tierno beso a las niñas y al bebé Joe, y luego se ponía el rompevientos y las botas. Cuando la puerta se cerraba a su espalda, su madre llevaba a los niños a la única recámara donde todos dormían en una cama

grande con estructura de metal y cubierta con una colcha de retazos en forma de estrellas.

Incluso después de todos estos años en Long Island, había noches en las que Grace permanecía en cama y evocaba la sensación de las manos de su padre sobre sus mejillas. Su áspera textura por toda una vida de jalar cuerdas y tirar redes al mar. Ella siempre trazaba esas líneas en las palmas de las manos de su padre, quien le decía que eran un mapa que siempre lo devolvería a casa.

Las líneas de sus palmas y en las de su hermana, Bridey, apenas eran visibles, y Grace siempre se preguntó si, de no haber sido así, sus destinos hubieran sido diferentes. Ese día de mayo, cuando el sol brillaba sobre el valle y arrojaba haces de luz dorada sobre el césped, Grace tomó a su hermana de la mano. Estaban felices de alejarse de su hogar abarrotado, una casa adyacente a una hilera de otras casas, y escapar de aquellas madres que ponían a secar la ropa en largos tendederos y castigaban a los niños por ser demasiado ruidosos.

La camioneta de la panadería iba al pueblo cada domingo y tocaba una campana para que todos los niños la oyeran. La imagen de magdalenas mantecosas, calientes y cubiertas de azúcar les hacía agua la boca.

Grace aún podía ver a su hermana de cuatro años que corría a su lado para llegar hasta la camioneta. Bridey reía con la cabeza echada hacia atrás. La falda de su vestido de algodón bailaba al viento. Su cabello color frutilla, igual que el de su madre, revoloteaba suelto y libre. A sus pies, el nuevo cachorro de la familia, con su suave pelaje, les seguía el paso.

Grace acababa de pagar las dos magdalenas cuando se dio cuenta de que su hermana ya no estaba junto a ella. Tampoco el cachorro. Supuso que su hermana se había distraído en los lugares familiares del centro del pueblo. En ese entonces, todos los niños deambulaban en total libertad. Las calles estaban llenas de chiquillos que jugaban a la pelota, y de niñas que jugaban al avión.

Impaciente por comerse la magdalena, Grace encontró una sombra bajo uno de los sauces que estaban cerca de la vieja iglesia. Se lamió los dedos para limpiarse el azúcar glas, se quitó los zapatos y meneó el dedo gordo del pie hasta sacarlo por el agujero que tenía en el calcetín blanco.

Cuando Carol O'Reilly le preguntó si quería jugar con ella, Grace la siguió feliz hasta la pradera donde ella y otras niñas trepaban a los árboles, fingían ser hadas que tejían margaritas silvestres y brezos para formar guirlandas que se ponían en la cabeza y blandían palos largos como si fueran varitas mágicas.

Embebidas en su mundo de fantasía, muy pronto las niñas se alejaron hasta las colinas adosadas que estaban más allá del pueblo. Ahí, las flores eran aún más abundantes y las niñas las recogían por montones para meterlas en los bolsillos de su vestido, girando sobre sí mismas hasta caer jadeando al piso. Grace incluso descubrió un hueso largo y delgado de gaviota, blanqueado por el sol; lo levantó y lo blandió frente a su amiga, como si fuera una reina.

No fue sino hasta varias horas después, cuando volvía a casa cansada con su cetro improvisado en la mano, que se encontró con uno de los hombres del pueblo que, sin rodeos, le informó que Bri-dey se había ahogado.

—Apúrate a regresar a casa —la conminó—. Tu madre piensa que perdió a dos hijas hoy. Será un gran alivio cuando sepa que solo fue una.

Grace no fue directamente a casa; en su lugar, bajó al río para comprobar que lo que le había dicho el hombre no era cierto. Incluso, una parte de ella pensaba que con su hueso blanco de gaviota podría resucitar a su hermana, que quizá poseía un poder mágico que corregiría lo que ella sabía que era injusto y equivocado. Pero al llegar vio a un grupo de hombres parados sobre las rocas y el ca-

dáver de su hermana cubierto con el rompevientos de su padre. El brazo largo de Patrick Connelly rodeaba los hombros de su padre, cuyos ojos estaban fijos en Bridey, que yacía bajo el rompevientos. Tenía la cabeza agachada y el rostro deshecho por las lágrimas.

Grace arrojó el hueso inútil al piso y salió corriendo hacia su casa.

Puesto que murió ahogada, todos los vecinos se referían a la muerte de Bridey como un *pisough*, un mal presagio. Durante varias horas, ni uno solo de los vecinos ofreció su casa para el velatorio. Temerosos de atraer la tragedia sobre su propia familia, la gente solo expresaba cuánto lamentaba la terrible pérdida de la familia.

Cuando Grace volvió a casa esa tarde, su madre estaba casi irreconocible. Tenía el rostro demacrado, los ojos inyectados en sangre de tanto llorar. Bebé Joe lloraba en su cuna, hambriento del pecho de su madre.

Su padre permaneció en el río durante varias horas, se negaba a abandonar a Bridey hasta que alguien ofreciera su casa para el velorio de su niña. Más tarde, Grace escuchó que había sostenido el cuerpo de Bridey entre sus brazos, meciéndola como si fuera una recién nacida y gimiendo mientras la apretaba contra su pecho.

Delilah, una mujer sin hijos de casi ochenta años de edad, fue quien finalmente ofreció su casa para velarla. Era demasiado vieja como para temer los malos presagios, a diferencia de otras mujeres en el pueblo que temían que su marido o sus hijos se ahogaran si llevaban la mala suerte a su hogar.

—Para mí será un honor tener a un ángel en mi casa —dijo.

Así, con el más profundo respeto, la anciana lavó y preparó a la pequeña Bridey para su entierro. Con mucho cuidado, Delilah aseó el cuerpo de la niña y le quitó las algas que tenía enredadas en el cabello. Limpió la arena que tenía entre los dedos de los pies y empolvó su piel para ocultar el color azul de la muerte.

Otra familia regaló un viejo vestido de primera comunión y un par de calcetines cortos rosas para cubrir sus pies. Después, con la ayuda de uno de los pescadores, Delilah colocó a Bridey sobre una vieja mesa de madera cerca de la chimenea; entrelazó los dedos de la niña y colocó un ramillete de nomeolvides en sus manos. A su lado, puso una fotografía de santa Teresa, conocida como «la pequeña flor de Dios».

La madre de Grace estaba demasiado desconsolada como para asistir al velorio. Su padre era incapaz de ponerse de pie para recibir a quienes acudían a honrar a la difunta. Casi cien hombres y mujeres cruzaron el umbral de la casa de la vieja Delilah, pero su padre no pudo mirar a ninguno de ellos a los ojos, puesto que se habían referido a su niña como una *pisough*. Sus palabras eran imperceptibles; todo lo que los demás podían escuchar era el sonido de su llanto, violento como una tormenta.

A partir de ese día, Grace y su madre se cubrían siempre los oídos cuando el río crecía demasiado y golpeaba las rocas. Cada vez que escuchaban la fuerte corriente del río, volvía el dolor por la muerte de Bridey.

Años después, cuando tenía dieciocho años y ganó la lotería para emigrar a Estados Unidos, Grace bajó al río una última vez y recogió la piedra más fea que pudo encontrar. La sostuvo en la mano y le asombró su forma abrupta, su color moteado y, a la manera de santa Teresa, se obligó a encontrar la belleza en ella.

Luego la arrojó al río, lo más lejos posible, para hundir toda su pena en las profundidades del agua verdeazulada.